

UN DISCURSO SOBRE LA UNIVERSIDAD EN LA ACADEMIA ESTUDIANTIL «SANTO TOMÁS DE AQUINO» DE SALAMANCA (1898).

El breve discurso¹ que pronuncia en noviembre de 1898 el entonces estudiante Domingo Doreste en la inauguración del curso de la Academia de estudiantes católicos denominada «Santo Tomás de Aquino», instalada en el convento de San Esteban de Salamanca, es claro en su propósito y desarrollo, aunque su comprensión de fondo tal vez merezca una leve aproximación al contexto social y universitario salmantino, a algunos debates ideológicos que desde aquellas fechas encierran paredes de singulares edificios, y a la vida interna del mundillo estudiantil salmantino en los finales de la pasada centuria.

La alocución de Doreste, destacado y activo miembro de la Academia estudiantil, sobre «La juventud española y la Universidad», concluye proponiendo un regreso sin vacilaciones al modelo tradicional de Universidad (que por entonces bien representaba Alemania al conservar la esencia de la Universidad medieval) para regenerar una España maltrecha en todos los órdenes después de la traca final representada por la pérdida colonial del 98.

El discurso, de indudable corte idealista, inserto en la corriente regeneracionista tan en alza, arranca en su argumentación de posiciones patriotas y providencialistas, cuestiona lo que denomina racionalismo pactista en el orden político y la incidencia del positivismo en el plano intelectual, para confluir en la necesidad de despertar a España a través de la educación, y en particular de la reforma de la Universidad.

Incide en la necesaria regeneración interior de la patria si quiere defender internacionalmente su hidalguía, puesto que es la falsa libertad (el gran enemigo interior) lo que ha conducido a los grandes males de España: Política de pandillaje, decadencia del carácter español, caciquismo desvergonzado, entre otros.

Por ello, continúa, no es extraño advertir en los jóvenes abulia y podumbre, ya que nadie les ha ofertado ideales y cauces de moralización. Y

¹ Véase anexo final donde transcribimos literalmente el texto del discurso de Domingo Doreste.

tampoco, quizás menos aún, desde una Universidad que se encuentra desnaturalizada. Si un país se conoce por su juventud y la juventud por la Escuela, la piedra de toque de todas las reformas hay que buscarla en la Universidad.

Es preciso volver al modelo medieval-tradicional de Universidad que tanto tiempo y tan cualificadamente representó la misma escuela salmantina, resume. Hay que renegar una Universidad concebida como oficina del Estado, conceder mayores grados de autonomía y libertad a la Universidad, imponer una rigurosa selección entre los estudiantes para evitar el acceso de las mediocridades y facilitar el éxito de los inteligentes y laboriosos. Es necesario, al mismo tiempo, combatir el positivismo y las vigentes ideas polítimas, y defender la enseñanza de la religión en las aulas. Finalmente, sólo desde estas premisas renacerán con vitalidad las asociaciones escolares (corporaciones de maestros y estudiantes).

El obligado análisis del discurso nos remite, al menos, a tres consideraciones sobre el marco universitario salmantino de cercana referencia, la inserción del discurso-acto académico en la vida interna de la sociedad de estudiantes «Santo Tomás de Aquino», y a la misma originalidad de los temas e ideas que deja traslucir sobre la Universidad, la libertad de enseñanza y la educación.

En primer lugar, nos encontramos, efectivamente, en una España derruida y desmoralizada, carcomida de males y cargada de voces que proclaman con urgencia su regeneración. Se avecinan reformas de todo signo donde también la Iglesia quiere dejar oír su voz y hacerse presente. Se acusa en el parlamento, prensa y publicaciones que una de las razones del estado de postración de la nación se asienta en el deplorable estado de la escuela en todos sus grados y niveles. En concreto, toda la opinión pública es acorde al reconocer la inutilidad de una Universidad obsoleta y burocratizada, como ya habían evidenciado años atrás Giner y la Institución Libre de Enseñanza².

Sobre todo si nos referimos a la Universidad de Salamanca. Los avatares que padece en los inicios del XIX la sumen en la más completa postración, pero tampoco el proyecto universitario de los liberales tomó en consideración su dilatada y significativa historia, y contribuyó a mantenerla en la atonía y estancamiento. Considerando las cifras de alumnos matriculados advertimos una notable regresión en los años inmediatos al 98, no superada hasta varias décadas posteriores. Recordemos al respecto el esfuerzo por recuperarse que viene realizando la Universidad de Salamanca en fechas precedentes para comprender mejor el significado de la caída del alumnado. Sí en

² Cf. Turín, I.: *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902* (Madrid, Aguilar, 1967); Gómez Molleda, M.^a, D.: *Los reformadores de la España contemporánea* (Madrid, CSIC, 1966).

1861-2, contando con tres Facultades (Letras, Derecho y Teología) sólo se llegaba a 220 estudiantes oficiales, en 1893 son 619 (pertenecen también a Medicina y Ciencias Físico-Químicas). Pero en el curso 1901-2 los datos arrojan un total de 326 oficiales y algo más en 1912, con 387. Con ello se advierte en parte la escasa vitalidad de la Universidad salmantina, tan tumultuosa y activa siglos atrás³.

No obstante, se perciben síntomas de querer desperpezar la modorra ya en el Sexenio y en el largo rectorado de Don Mamés Esperabé Lozano (1869-1900), simpatizante y cercano al krausismo y a la ILE, con la presencia activa de profesores como M. Arés, P. Dorado Montero, Unamuno, L. Maldonado, J. Gogorza, M. Reymundo entre los más sonados, y con un incipiente asociacionismo juvenil en emergencia, caso de la Unión Escolar o de la misma Academia de Santo Tomás que aquí comentamos. Pero, en conjunto, la Universidad vive con sus escasas élites anclada en rutinas académicas y pedagógicas, y el estudiante medio se conforma con obtener el título final de carrera reservando sus mejores esfuerzos para las tertulias, vicios y tunas, tal como la prensa de la época o la novela nos informan.

En segundo lugar, cabe responder que el discurso se inscribe dentro de los objetivos y tareas que desarrolla la Academia católica donde se pronuncia. Esta institución nace al amparo del obispo Tomás Cámara poco después de la llegada de éste a la sede salmantina en 1885⁴. Es promovida por sectores diocesanos y del clero regular para intervenir entre los estudiantes universitarios de Salamanca, para formar cuadros católicos de élite, defender la libertad de enseñanza y crear espacios para la controversia frente al socialismo y liberalismo. La prensa católica (*El Lábaro*, *La Semana Católica* por ejemplo), y otros como *El Fomento*, *El Adelanto*, etc. comentan con amplitud las opciones y tareas de la Academia estudiantil «Santo Tomás de Aquino».

Durante los años precedentes al 98 sus actividades se centran en la defensa colonial, organizan manifestaciones patrióticas de apoyo al ejército, crean un batallón escolar, abren suscripciones económicas, participan en procesiones. Después de la crisis la Academia mantiene funciones asistenciales, contribuye a mejorar la suerte de soldados repatriados, pero sobre todo propaga la regeneración universitaria, se enfrenta a otras asociaciones estudiantiles de orientación progresista como la Unión Escolar de forma combativa. No obstante, su principal misión es la de formar élites y cuadros dirigentes católicos entre los estudiantes mediante la celebración de debates, organizan-

3 Elaboración propia. Fuente: *Memorias de la Universidad de Salamanca* en los años respectivos (consultados en la Biblioteca Universitaria de Salamanca).

4 Cf. *El Fomento*, diario de Salamanca, 9 de marzo de 1888.

do certámenes científicos, discutiendo temas, a través de la creación de una biblioteca especializada en su sede.

Con apoyo de las autoridades eclesiásticas (Tomás Cámara es el presidente honorario) la Academia publica prensa estudiantil (*El Estudiante de Salamanca* —1896—, *El Estudiante* —1896—, más tarde *El Estímulo*), realiza actividades muy variadas, o apoyan al obispo y profesores conservadores en controversias ideológicas dentro de la Universidad y ante la opinión pública, como ocurrió en el enfrentamiento del P. Cámara y Dorado Montero⁵.

Así, pues, conociendo la vida de la Academia resulta comprensible la propuesta de reforma universitaria que se incluye en el discurso de Doreste (por cierto, publicado en el periódico del obispo, *El Lábaro*). Se advierte en él un espíritu combativo, un tono apologético que conecta en directo con las ideas y trabajos de esta asociación estudiantil católica comprometida en la defensa de la Iglesia dentro de la Universidad, particularmente en los ambientes juveniles.

Finalmente, cabe preguntarse por la misma originalidad de las ideas que trasluce la lectura del texto. Podemos afirmar que, si establecemos una comparación entre el discurso del estudiante con otros documentos de las corrientes más decididamente integristas o de la autoridad eclesiástica, se ha producido una traslación literal de ideas, conceptos, incluso de párrafos⁶. No es éste el momento de extendernos en el análisis lingüístico, pero recomendamos al lector una detenida lectura crítica comparada, en especial con los citados trabajos del profesor S. Martínez González, o los de E. Gil Robles.

De donde deducimos, de nuevo, que el discurso estudiantil pronunciado en la Academia de Santo Tomás se inserta en todo el proyecto católico de confrontación de ideas en los ambientes intelectuales universitarios, y que refleja el escaso margen de autonomía que disfruta la asociación de estudiantes católicos ante las opiniones y escritos de autoridades y pensadores católicos. Al mismo tiempo, la Academia es un instrumento de resistencia frente a los primeros brotes de asociacionismo estudiantil progresista (liberales, so-

5 Vid. Hernández Díaz, J. M.^a: 'La condición de los estudiantes de Salamanca en el umbral del siglo XX' en 7th International standing conference for the History of Education: *Higher education and society. Historical perspectives* (Salamanca, Universidad de Salamanca, 1985) vol. II, pp. 336-49.

6 Cf. Martínez González, S.: *Discurso leído en la Universidad de Salamanca en la solemne apertura del curso 1884-85. La enseñanza universitaria. Demostración de que fue grande mientras fue libre* (Salamanca, Impr. de F. Núñez, 1884); Gil y Robles, E.: *Discurso leído en la apertura del curso académico de 1891 a 1892* (Salamanca, Impr. de Núñez Izquierdo, 1891); Idem.: *El catolicismo liberal y la libertad de enseñanza* (Salamanca, Tip. Católica Salmanticense, 1896); Cámara, T.: *Carta pastoral del obispo de Salamanca dedicada a la juventud estudiosa acerca de las bases del nuevo Derecho Penal* (Salamanca, Impr. Calatrava, 1897); Hernández Díaz, J. M.^a: 'La libertad de enseñanza en la Restauración y su incidencia en la Universidad de Salamanca', *Historia de la Educación*, 3 (1984) 109-126.

cialistas, y republicanos, que nos induce a hablar de indicios de sindicalismo estudiantil incipiente), y un puntal activo en la política universitaria y académica en pro de un modelo de Universidad que dista entonces de las opciones gubernamentales dominantes.

JOSE M.^a HERNANDEZ DIAZ

LA JUVENTUD ESPAÑOLA Y LA UNIVERSIDAD

Discurso leído por Domingo Doreste en la sesión inaugural de la Academia de Santo Tomás de Aquino de Salamanca el día 5 de noviembre de 1898.

Señor Presidente, Señoras, Señores: Esta tribuna, levantada para la juventud estudiosa bajo las bóvedas que ampararon al sublime Colón, despierta en mí la veneración de las cosas santas. Abuso repetido es que yo la ocupe esta noche, si no obedeciese a fuerza mayor. El cargo que desempeño en la academia me obliga a pronunciar un discurso inaugural del cual me descargaría de bonísima gana, tanto porque me sobrecoge la no floja idea de un *discurso*, como porque me apena sobremanera el verme en la ocasión de despedirme de esta inolvidable tribuna estudiantil, donde he obtenido más de una vez, no triunfos oratorios, sino ese aplauso con que vuestra benevolencia sabe siempre alentar al joven que osa ocuparlo, del cual tendré entera gratitud en mi corazón y frases de reconocimiento en los labios.

Con ello hacéis, señores, una obra de incalculable bondad. Muchas veces un solo aplauso concedido benévolamente a tiempo decide y marca una vocación literaria. A la juventud se le encomienda en la sociedad el puesto avanzado en las lides intelectuales; pero no hay que echar en olvido que para luchar es necesario el estímulo. Quizá por carecer de él gime en perezoso estancamiento la juventud española, a la que muchos tachan de culpable infecundidad, como si los jóvenes pudiésemos ser de otra manera que como nos han educado las generaciones anteriores, o como si hubiésemos podido cambiar el estado social que nuestros padres nos han legado. Pero a vueltas de que el hecho como acusación puede ser injusto, es sobre todo innegable; y la juventud española actual no se hará digna del porvenir si no se le desbroza misericordiosamente la senda por donde hay de conquistarlo.

Un golpe espantosamente providencial ha venido a hacer de la juventud española asunto de hondas cavilaciones. La Providencia parece que se ha cuidado siempre de despertar a España de sus ensueños a tremedos pero saludables golpes: el Guadalete y el Dos de Mayo no me dejarán mentir. Ese golpe ha caído sobre nuestra cerviz humillándonos y a la vez desaletargándonos. Consumándose ésta, señores, en esta triste hora de expiación del despojo más inícuo del siglo XIX. Parece que vivimos en una sociedad internacional

comparable a aquel estado presocial y antejurídico que en utópico sueño se forjó el racionalismo de los pactistas y que afianza hoy entre sus múltiples hipótesis el positivismo contemporáneo, cuando el hombre era para el hombre un lobo. De ese asalto brutal del más fuerte ha sido víctima España, mártir sempiterna de todos los desafueros de los grandes tiranos. Apenas pudimos sospechar que a la patria le restase tanta sangre generosa que derramar en balde; ni tanto desnudo para defender quijotismos tradicionales y sustentar puntos de honra a esta hora en que los pujos de la hidalguía son tan infructuosos como singulares. Dejemos a la providencia que castigue con apocalíptico rigor el gran pecado de ese pueblo que ha negado el derecho. Nosotros no podemos soñar con la condigna represalia y harto haremos, a vuelta de nuestras lágrimas, con recogerlos dentro de nosotros mismos, y procurar nuestra regeneración.

Y algo vamos aprovechando en reconocer que el enemigo principal le hemos tenido en nuestra propia casa, como una víbora metida en el mismo seno. Ese enemigo son los malhadados principios de falsa libertad, sacrílego desprecio de la tradición, insensatas apostasías públicas y privadas, errores y torpezas en una palabra, que a la larga se han traducido en decadencia del carácter, en políticas de pandillaje, en caciquismo desvergonzado e incontratable. Toda esa balumba de males ha venido a redundar en la cabeza de la juventud española de quien hay todavía que se extraña de que no esté dignamente preparada para el porvenir. ¿Qué altos ejemplos se le han ofrecido en que hubiese podido adquirir, no digo hábitos de buena política, pero ni siquiera máximas de moralidad administrativa? ¿No es natural, por ventura, que en la sociedad donde hemos vivido se haya estancado el ardor juvenil? ¿A quien culpar de esta carencia de ideales que se advierte en nosotros y que tanto duele a los pensadores que se preocupan por el porvenir de la patria? ¿Qué extraño es que el joven no sueñe en otra cosa que en el empleo público o en la pingüe dote de la muchacha rica, término último de sus aspiraciones, y que no tenga otro anhelo que esa burocracia inútil, inmenso enjambre parasitario que chupa y roe los tuétanos del país?

La decadencia de la juventud ha venido principalmente de la desnaturalización de la escuela, sobre todo de la Universidad. Un país se conoce por su juventud y la juventud se conoce por la escuela: ahí está la piedra de toque de nuestras grandes reformas. No quiero yo con eso señalar rumbos al pensamiento de nuestros reformadores: allá no llegaría mi voz, ni tampoco es apetecible el aumentar el número de tantos doctores al pormenor como hoy pululan, propinando, como los arbitristas de otros tiempos, diagnóstico y receta para remediar los males de la patria. Dígolo tan sólo como un desahogo inocente de mi alma, por el inefable placer que me produce el hablar entre mis compañeros de estudio del porvenir de esta bendita madre del saber, de la Universidad, que amorosamente nos cobija, y a la que todos quisiéramos tornar a ver convertida en seminario de sabios, alcázar independiente de la ciencia, foco de luz de la opinión pública, honra de la patria y nervio de la vida nacional.

Y quien habla de la Universidad, habla también de las otras escuelas

que le sirven de preparación o de complemento. La segunda enseñanza, reducida a una fatua enciclopedia, no puede responder a su naturaleza meramente preparatoria. Aspira a un conocimiento universal que produce un instantáneo bachillerismo. Así lo ha querido el racionalismo, que ha provocado torpemente el espíritu crítico en el joven, haciendo abortar los frutos de la inteligencia. También adolece de un falso positivismo, merced al cual despreciamos el estudio de las lenguas muertas y con él el divino estudio de la civilización helénica y de la civilización romana, clavos de oro de los que pende toda nuestra historia. Agréguese a éste otro defecto gravísimo, el olvido de la religión en los planes de enseñanza, defecto que ahora, afortunadamente, se trata de subsanar.

Pero el valor de un pueblo se mide principalmente por la Universidad, y la Universidad no debe ser, como acontece en nuestro país, una oficina más del Estado. Para que nuestra juventud se regenere, es necesario hacer una gran selección y ésta ha de lograrse en la Escuela. Las puertas de la Universidad deben ser perpetuamente inaccesibles a la turba de mediocridades infecundas que, por arte de birlibirloque y a costa de escaso trabajo, va a ella en busca de un vano diploma de un título de pura apariencia con que decorar una tarjeta, y lo que es más de lamentar, una patente que le nivele con el verdadero mérito del talento o del trabajo, y la ponga en ocasión de postergarle inicua mente en la vida pública. Para esa juventud, que sea la Universidad alcázar inexpugnable; La Escuela no debe ser torpe encubridora de ningún linaje de matute científico.

En cambio, para esa otra juventud excepcional que trabaja de buena fe en el silencio y aspira a conquistar el porvenir a fuerza de talento o laboriosidad, para esa juventud debe ser la escuela universitaria campo abierto, mansión solariega donde hallen calor y estímulo todos los nobles deseos de saber y de gloria. Mientras no se haga ese justo deslinde, es inútil exigirnos ideales, entusiasmo y ardor: a nadie puede exigírsele el heroísmo, y heroísmo sería seguir luchando desventajosamente con los medradores de oficio.

Semejante justísima selección no puede lograrse mientras sigan impediendo las vigentes ideas políticas. Sobre la Universidad ha pasado el rasero demoleedor e igualitario de las libertades modernas, empobreciendo su organismo. El Estado socialista le arrebató de cuajo su autonomía, que es lo mismo que haber borrado su personalidad. Perdida la libertad universitaria, es imposible que el Alma Mater sea otra cosa sino lo que es hoy, una víctima del absolutismo docente. En este terreno lo más racional es el tradicionalismo que ha sabido Alemania conservar en sus Universidades, donde aún perdura la misma división de Facultades que en la Edad Media, y la misma inviolable autonomía y las mismas libérrimas costumbres escolares de mejores tiempos, espíritu conservador al par que progresivo que ha valido a esa nación la primacía intelectual moderna. Aquellas admirables Universidades de otros tiempos, verdaderas repúblicas por su independencia y por su administración interior dentro de las monarquías patrias, en las cuales no se ocuparon los reyes más que para colmarlas de privilegios y para honrarlas con su patrocinio, son las que hoy podrían formar una juventud briosa y digna

de sus destinos. En ellas colaboraron como en vasta colmena los infatigables obreros que más tarde habían de tejer la corona de la gloria de la ciencia nacional o habían de llevar a la sociedad, en más modesta esfera, una cooperación intelectual sólida y fructífera. Allí surgían espontáneamente hermosas asociaciones de maestros y discípulos y de discípulos entre sí que centuplicaban el esfuerzo individual y hacían el trabajo infinitamente fecundo. Teniendo personalidad la Escuela, también la tenía el escolar. Hoy el estudiante no forma *clase* social, ni siquiera existe el *tipo* del estudiante, sino borrosamente confundido con la homogénea masa de nuestra anodina juventud.

Tampoco es posible que vivan y prosperen aquellos benditos gremios escolares que, aunque formados fuera de la Universidad, se amparaban a su calor y contribuían a su prestigio. Salamanca no puede olvidarlos, a pesar de la furia vandálica con que se empeñó en destruirlos el feroz individualismo revolucionario. Nuestros colegios de becarios, resto glorioso de tales grandezas, son un llamamiento vivo a la regeneración universitaria, un pedazo de tradición que clama en medio de la decadencia general de los estudios por la vuelta a más venturosos tiempos, una muestra superviviente de aquella virtuosa y cristiana democracia científica que caracterizó la Universidad de Salamanca. Y al mismo tiempo que dedico este recuerdo de afecto y de agradecimiento a tales instituciones del pasado, concluiré también saludando a esta amadísima Academia de Santo Tomás de Aquino, modesta institución que realiza en cuanto cabe, al amparo del hábito blanco de Santo Domingo, égida de toda ciencia cristiana, la pobre iniciativa de asociación escolar que permite la malandanza de los tiempos. Depare el cielo mejor suerte que a nosotros a los jóvenes que vengan en pos de nuestros pasos por la carrera de los estudios. De ellos será el porvenir. Harto haremos los presentes si ponemos a contribución todos nuestros esfuerzos para regenerar el Alma Mater, el regazo bendito de esta Madre que nos ha dado el ser intelectual en los amargores de la esclavitud y que no espera sino la libertad para dar hijos robustos a la ciencia y a la patria. He dicho.

(Publicado en *El Lábaro*, diario de Salamanca, los días 8 y 9 de noviembre de 1898).